

mundo gráfico

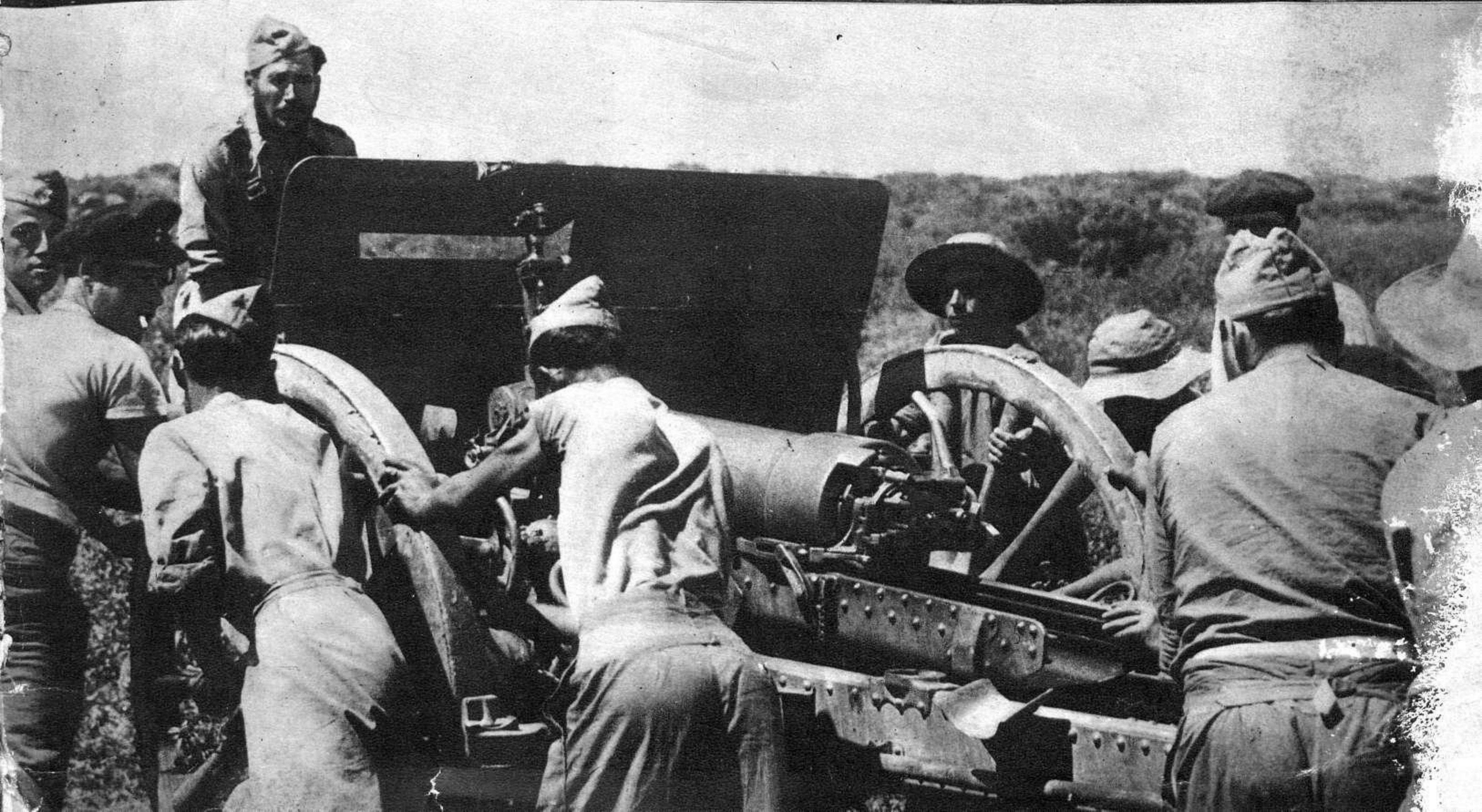
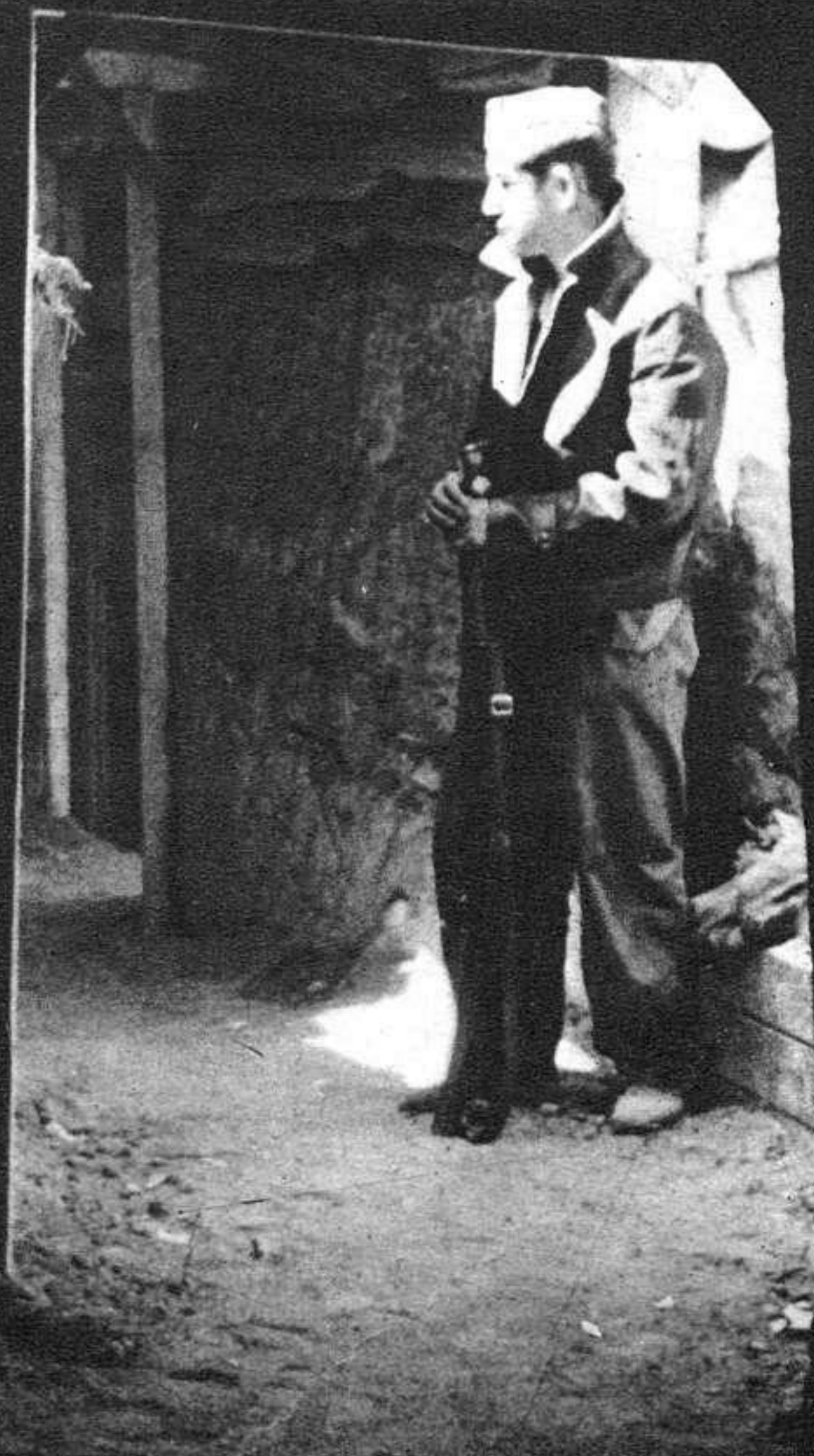
Miércoles, 29 de
Septiembre de 1937

AÑO XXVII
Número 1352
Hermosilla, 73
Apartado 571
MADRID

40
CTS.

Imágenes de la actividad múltiple, infatigable, de nuestros soldados: La guardia en las trincheras; el emplazamiento de la artillería... Esos hombres—músculo y corazón tensos—son los que están forjando, día a día, esfuerzo a esfuerzo, la victoria popular...

(Fots. Díaz Casariego)





↑ Los evacuados juegan al «pascchís» mientras llega el día de su partida de Madrid



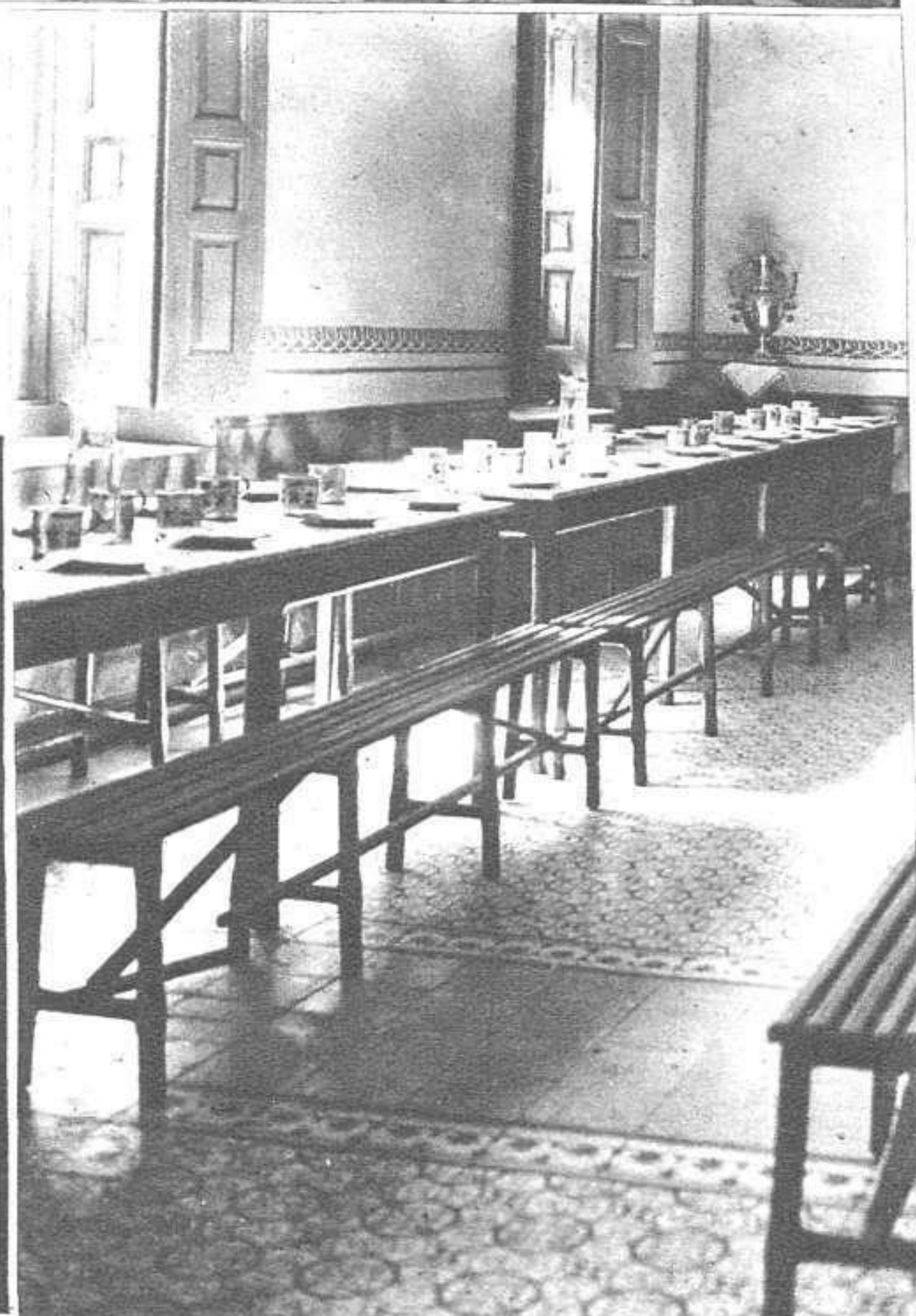
↑ Los niños constituyen la principal preocupación de cuantos trabajan en el Albergue



← Los evacuados forzosos pasean por el patio del Albergue

→ Un rincón del comedor del Albergue de Evacuación (Fots. Videal)

El Albergue de Evacuación



EN uno de los más sólidos y modernos edificios de Chamberí, destinado antaño a convento y residencia de una Orden religiosa, está instalado el Albergue de Evacuación.

El Ministerio de Trabajo y Asistencia Social ha creado y sostiene este Albergue, donde se organizan y tienen su punto de partida las expediciones oficiales de los evacuados de Madrid. Los que lo son forzosamente y los que lo hacen de modo voluntario, pero necesitan medios de transporte, se reúnen aquí para iniciar su viaje. Los indigentes y los niños encuentran también, durante las horas que preceden a la expedición, alojamiento, comida, servicios higiénicos y asistencia generosa.

El edificio, de magníficas proporciones, aleja del ánimo toda idea de reclusión o tristeza. Habitaciones amplias, claras, bien ventiladas; dormitorios independientes, anchas galerías y un extenso jardín lleno de sol.

Por él, en esta luminosa mañana de otoño, pasean o forman corros los presuntos evacuados, y, entre ellos, hay una alegre algarabía de niños que juegan.

El camarada Luis Pacheco, responsable del Albergue, nos informa de su funcionamiento:

—Los evacuables—dice—están aquí poco tiempo. Uno o dos días, como máximo, mientras se preparan las expediciones. Apenas ingresan se atiende a su estado higiénico. Es indispensable a todo evacuado presentar certificados de vacunación reciente. Aquí nos cuidamos, si lo necesitan, de la desinfección de sus ropas, de que cumplan medidas de aseo personal. Y se les facilita lecho y comida, y se comprueban los detalles de la documentación que ha de serles necesaria para recibir auxilio en el lugar de su destino.

También reciben aquí transitorio alojamiento las mujeres y los niños que son detenidos en los controles por querer entrar en Madrid sin salvoconductos. Reciben el mismo cuidado que los demás mientras se organiza su reintegro al sitio de donde vinieron.

—¿Y en todos los casos se les obliga a salir de Madrid?

—En todo caso, porque el decreto de Evacuación se cumple escrupulosamente. No dejamos por eso de atender a las excepciones lógicas, desde un punto de vista humano, que justifica cierta tolerancia. Cuando se alega, como motivo para estar en Madrid, el de visitar a algún familiar enfermo o herido, un agente nuestro acompaña al interesado y comprueba la verdad del caso. Si éste es verdaderamente justificado, oficiamos a la Delegación de Evacuación, que es la única facultada para conceder al evacuado un permiso temporal de residencia en Madrid, a fin de que pueda acompañar y asistir al familiar que lo necesite.

—¿Se dan casos de rebeldía o de fuga?

—Aunque poco frecuentes, son inevitables. Tomamos todas las precauciones posibles; pero hay que tener en cuenta que aquí no se sigue un régimen carcelario, y dentro del establecimiento los albergados tienen una absoluta libertad. Únicamente ejercemos una vigilancia, aunque discreta, más directa sobre las personas que proceden de los Tribunales Populares, que han sido absueltas por éstos, pero que son evacuadas por orden de la Dirección de Seguridad.

—Los niños—sigue diciéndonos el camarada Pacheco—constituyen nuestra principal preocupación. Con ellos extremamos el cuidado, la atención, el cariño... Con esto no hacemos sino cumplir gustosamente las normas que nos inspira el delegado de Evacuación, don Manuel Encinas, un hombre inteligentísimo y bondadoso, que ha puesto al servicio de este espincoso problema de la evacuación todo su trabajo y toda su valía. Las expediciones de niños se organizan con el máximo cuidado. Nos los traen sus padres, generalmente, el día antes del fijado para el viaje; las compañeras encargadas de esta Sección proceden con diligencia verdaderamente maternal a cuidarlos, aseándolos, mudándoles de ropas, si las

traen sucias y deterioradas, para lo cual contamos con un abundante ropero de prendas nuevas, procedentes de donativos oficiales y particulares. Al mismo tiempo se procura distraerlos, hacerles grata su estancia aquí para atenuar, en lo posible, las tristezas de la separación. Y en cuanto a la alimentación de los «peques», extremamos el cuidado: lo mejor que haya en el Mercado viene aquí para ellos. No es extraño por esto que muchas madres, cuando vienen a despedirlos, uno o dos días después, nos expresen su contento y el deseo—por nuestra parte irrealizable—de que sus chicos siguieran de modo estable en el Albergue.

—Y dígame, ¿cuándo se organizan las expediciones?

—Diariamente, aunque no en la cantidad que todos deseáramos. Nuestros medios de transportes propios son escasos; pero nos ayuda con los suyos el Ayuntamiento de Madrid, y cuando las necesidades militares lo permiten, se nos facilitan vehículos del Cuerpo de Tren del Ejército. La colaboración más constante y eficaz nos la prestan los coches del Comité de Ayuda de Suiza a los niños de España, que ha llegado a organizar su servicio con toda regularidad. Diariamente hay cuatro camiones del Comité en viaje; dos que salen y otros dos que regresan, lo que nos permite un servicio fijo y eficaz, al que el pueblo de Madrid debe testimoniar la gratitud que merece.

Una visita al Albergue ratifica esa impresión de orden, de pulcritud, de grato acogimiento, que nos da el camarada Pacheco. El Albergue no tiene nada que ver con la idea sombría que los necesitados tenían de los antiguos Refugios. Aquí también, como en cuantas instituciones han brotado al calor de la gran transformación social que nuestra guerra entraña, la antigua caridad humillante se ha trocado en obra de solidaridad y de justicia.

LA GUERRA

POR CAMINOS DE SOMBRA VA UNA CAMILLA...

EH, tú!—grita el comandante a un enlace acurrucado en un recodo de las trincheras—. ¡Ven aquí!

Por la calleja estrecha, grabada en bajorrelieve en la tierra dura, avanza un hombre que apenas tendrá veinticinco años. Los hombres que nos acompañan le reciben con gritos jubilosos, a los que la prudencia de saber los pocos metros que nos separan de las trincheras enemigas pone un son bajo de sordina.

El comandante me lo presenta con el orgullo de saber que «con él se puede ir a todas partes».

—Está luchando a mi lado desde el primer día. Es un verdadero león. A pesar de su flaqueza física, a la hora de ser fuerte sabe sacar de su anatomía desmedrada las fuerzas de un hombre de hierro. Ha tomado parte en mas de una docena de combates durísimos. Y siempre ha estado en primera línea reventando fusiles por la continuidad ininterrumpida de sus disparos.

El hombre, flaco y con ardor expresivo en los ojos, hechos al nervioso girar de los combates cuerpo a cuerpo, acaba de llegar hasta nosotros con el andar tranquilo de quien recorre las trincheras como si fuera por los pasillos de su casa. El comandante saluda su llegada con estas sobrias palabras de presentación:

—Este es Granito.

Granito, en realidad, se llama Granizo. Sus compañeros le han cambiado una letra al apellido para hacer un juego de palabras que aluda a su pequeñez nerviosa y dinámica de hombre que apenas ha conseguido pasar el metro y medio en la regla mordida de horizontales paralelas en las tablas de las cajas de reclutas. Granito tiene un hondo sentido de lucha de clases desde que tuvo uso de razón. En su pueblo dominaban los caciques. Cuando aprendió a leer, echó a un lado los periódicos y libros marcados con un signo reaccionario. Su sed de lecturas abrevó, sin llegar a saciarse nunca, en letra impresa de rebeldías. Entretanto, él iba y venía al campo, y del campo, con la frente grávida de preocupaciones sociales. En el pueblo no se podía pensar por cuenta propia. Para evitarles esta molestia a los que tuvieran la locura de pensar sin andaderas, los caciques se habían preocupado de abrir en una casa antigua y sombría un círculo agrario, donde en la habitación más oscura e incómoda se alineaban, en estanterías de madera tosca, hasta dos docenas de libros, con títulos reaccionarios y nombres de escritores derechistas que pedían para sí la elocuencia de todas las lagunas tácitas entreveradas entre los artículos del reglamento.

Granito no llegó nunca a traspasar el umbral de aquella casa, sobre cuya portada, en arco de piedra dura y brillante, había un escudo barroco, lleno de cuarteles y de extraños perfiles. Sus disgustos le costó. Cuando los caciques se consideraron con la impunidad suficiente para ajustar cuentas de desdén y de conversaciones sinceras derramadas fuera del círculo sombrío con remoque de agrario, cogieron a Granito y lo metieron en la cárcel. Un corresponsal del periódico de la provincia sacó a relucir aquella noche, en la tranquilidad del comedor burgués con mesa camilla comodona, sus mejores gerundios para narrar la gesta rebelde de aquel hombre, «empeñado en ir contra la sagrada causa del orden y de las instituciones respetables, que son la salvaguardia de los buenos españoles».

Granito ha sacado a relucir la película agitada de su vida, a estímulo de frases cariñosas de su jefe. Y cuando ha puesto la palabra fin al desfile apresurado de los recuerdos, se ha ido a su puesto anterior, dispuesto a seguir barrenando el paisaje frontero, que lleva ya mucho rato envolviéndose en paños espesos de sombra.

Por el horizonte ha llegado una luna grandota como un camaleón de luz, para impedir las descubiertas. Cerca de las primeras trincheras, los hombres del relevo se tienden cara a las trincheras, dispuestos a seguir contándolas, a pesar de los primeros fríos, hasta que los dedos del sueño pongan tirantes de plomo sobre los párpados inmóviles.

Un tiro. Ha sonado un tiro, hincado en el vientre de la noche hasta desgarrar el silencio. Y un grito. Un grito apagado que deriva en una exclamación rotunda.

Granito está bañado en sangre. Se lo llevan dos camilleros, por caminos estrechos de sombra, hacia el lugar de socorro próximo. Granito lleva una amarillez rápida en la cara serena. Y un grito proletario en la garganta, inesperadamente enronquecida:

—Que me curen pronto. Esto no es nada. Que me

tapen este agujero de la carne para volver al parapeto.

Pero el médico, que no se deja coaccionar por los gritos, le manda al hospital, y escribe esta palabra en el casillero del pronóstico: «Gravísimo».

ANTONIO OTERO SECO

La vida de los jefes del Ejército Popular, contada por ellos mismos

El comandante Severiano Aparicio era, hasta aquel 18 de Julio, repartidor de pan



años y uno, como cabo, en el regimiento de Infantería de Wad-Ras.

—Allí me sometieron a un Consejo de Guerra, que me condenó a seis años y un día de prisión por hacer propaganda comunista en el Ejército. Y en Prisiones Militares llevaba cinco meses cuando llegó el triunfo del Frente Popular en las elecciones. Entonces me reintegré a la vida civil, y volví a ser repartidor de pan hasta el 18 de Julio de 1936.

Del Radio Chamberí a Somosierra, con aquel grupo que mandaba Galán

Aquel día no repartió pan Severiano Aparicio. Apenas las primeras noticias de la sublevación militar corrieron por Madrid, acudió al Radio Chamberí para ponerse a las órdenes de su partido.

—Y fui en aquel grupo de Galán, que puso en Somosierra, con sus pechos, el primer muro de la defensa de Madrid. Entonces se formaron allí las compañías de Acero, y pasé a una de ellas, primero, como miliciano, y luego, ya de cabo y sargento. Al ascender a teniente me incorporé a la primera brigada de el Campesino, con la que participé en los combates de Majadahonda, en los que me concedieron el grado de capitán. Después, las operaciones del Jarama y la contraofensiva, de victoriosas repercusiones históricas, de la Alcarria. Por donde la guerra—dice Aparicio—agitó nuestras líneas con mayor violencia, que es por donde las fuerzas de el Campesino fueron ariete o dique, según las conveniencias militares mandaban o las circunstancias de la lucha imponían.

Un comandante de veinte años en la ofensiva popular de Brunete

De todas esas jornadas de guerra, Aparicio recuerda, entre las más emocionantes y las más costosas para las armas republicanas, las del ataque al Cerro del Aguila, que la brigada de el Campesino escaló, bajo un fuego que rodaba como una masa sólida, hasta ponerle en su cima la diadema áspera de nuestras fortificaciones.

—Luego—sigue diciendo—, la ofensiva del Ejército del Centro, en la que iba a someterse a una prueba difícil la potencia militar de la República. Yo era todavía capitán. El enemigo había acumulado allí abrumadoras cantidades de material bélico. Mi compañía tenía que avanzar, por donde parecía que había de ser imposible el avance. Pero yo había estudiado bien mi operación, y al frente de mi fuerza avancé por donde había que avanzar y hasta donde tenía ordenado que avanzara. Y así ascendí a comandante de batallón. El enemigo reconquistó Brunete. Pero todavía la posesión del pueblo no estaba decidida del todo, y el Ejército republicano intentaba ocuparlo otra vez. En el contraataque, un obús fué a reventar a tres pasos de donde yo estaba, y un casco de metralla se hundió en mi pecho, abriendo una ancha desgarradura, que pudo ser mortal; pero que, por suerte, sólo fracturó una costilla. Y con el alta del hospital, el ascenso a comandante de brigada, para prender su distintivo, más que en el tejido del uniforme, en mi intacta voluntad de victoria—termina.

Una voluntad que el comandante Severiano Aparicio quiere lanzar con todo el ímpetu de su cuerpo, convaleciente aún, como una aguda y ágil jabalina a clavar en el horizonte por donde sus ojos empiezan a vislumbrar acaso auroras del triunfo popular.

J. R. C.

El pequeño le tenía afición al estudio. Desde que en aquella escuela gratuita de un arrabal madrileño aprendió a deletrear y llegó a los primeros conocimientos de la Gramática y la Aritmética, hasta que, huérfano ya apenas cumplidos los diez años, pasó al Hospicio de Toledo y comenzó con aprovechamiento el grado de bachiller.

—Me gustaba estudiar—dice Severiano Aparicio—, pensando en ser algún día más que un jornalero, cuando yo había visto en mi padre, en mi casa, lo que daba de sí un jornal. Pero la familia que me quedaba me sacó del Hospicio para dedicarme a trabajar en el campo. En mi pueblo, Pulgar, en la provincia de Toledo. Y trabajando en el campo estuve un año allí. Hasta que me vine a Madrid, recién cumplidos los trece.

El muchacho que quería ser bachiller y entró de repartidor en una tahona

En Madrid, Severiano Aparicio encontró trabajo de repartidor de pan en una tahona. Poco después ingresaba en el Sindicato de Artes Blancas, de la U. G. T.

—Y pronto fui en la organización más que un cotizante. Para el muchacho que sabía desentrañar el secreto de los libros y que había tenido que estrangular en su ambición una auténtica vocación de estudiante bajo el rigor económico de un medio social de privilegios, las conclusiones socialistas tenían que dibujarse con la forma de su mejor aspiración ideal. Y fui un combatiente por el triunfo de estas conclusiones—recuerda.

Luego dejó la fábrica de pan para sentar plaza como voluntario en el Ejército. Y sirvió, como corneta, dos

"El Señorito"

Voy a contar un caso original de que fui testigo en los primeros tiempos de nuestra lucha. Estábamos por tierras de Córdoba con las primeras Milicias andaluzas. Más que un Ejército, podría decirse que éramos guerrillas que peleábamos sin plan ni dirección, atacando al enemigo donde le encontrábamos, defendiendo los pueblos y dando golpes de mano en los cortijos y caseríos donde ya se habían hecho fuertes los facciosos.

Algún día se podrá escribir la historia, repleta de heroísmo, de aquellas fuerzas del pueblo que de un modo espontáneo, casi sin armas, sólo con su coraje y su entusiasmo, tuvieron durante mucho tiempo en jaque a las columnas de moros y legionarios que llevaban a sangre y fuego su avance por Andalucía.

Pero no es ahora la ocasión. Voy a referir el caso del camarada *el Señorito*, al que en nuestra compañía llamábamos así porque llevaba siempre la mano izquierda en un guante negro y largo, que le pasaba de la muñeca. Era pleno verano; el calor en aquellos campos cordobeses apretaba de firme; vivíamos al aire libre, durmiendo casi siempre al raso, y muchas veces nos quitábamos los «monos» y las camisas para refrescarnos mientras descansábamos.

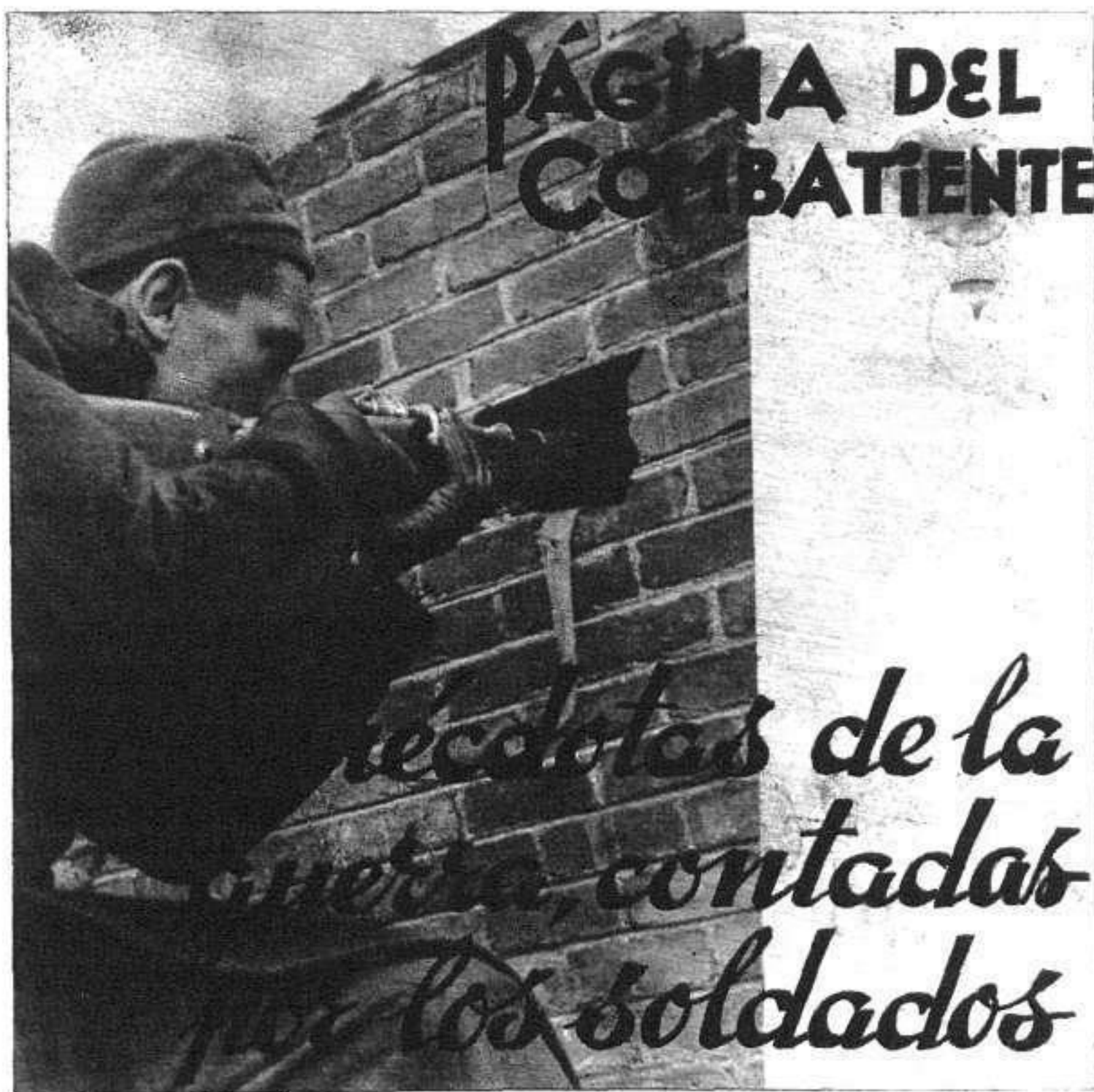
El Señorito no se desvestía nunca, ni se quitaba jamás el guante.

Cuando le preguntábamos el motivo, salía del paso diciendo que a consecuencia de una quemadura le había salido una erupción en la mano y en el antebrazo hasta el codo, y tenía que llevarlos cubiertos porque el aire y el sol le hacían daño. Aunque no le veíamos nunca curarse, él aseguraba que iba mejor y que aunque de momento jugaba mal los dedos, pronto estaría restablecido del todo.

Ibamos un día de camino, cuando desde el caserío de un cortijo situado a la izquierda de la carretera empezaron a hacernos fuego. Contestamos, y se armó un «fregado» más que regular. El cortijo estaba en lo alto de una loma que dominaba el camino. Decidimos limpiar aquel estorbo y atacar el caserío, donde, según nos dijo un gañán, no había fuerzas regulares, sino unos cuantos guardias civiles y un grupo de fascistas de los contornos.

Emprendimos el asalto, desplegados en guerrilla, loma arriba.

El Señorito iba delante de mí. Las balas silbaban que era un contento, y ya habían herido a algunos de los nuestros, cuando en lo más nutrido del fuego veo que



PÁGINA DEL COMBATIENTE

anécdotas de la guerra contadas por los soldados

¿Qué has visto, soldado del pueblo? ¿Qué suceso de la guerra que haces te ha impresionado más? Cuéntanoslo para nuestro público. No se te piden sutilezas de expresión ni primores literarios. Cuéntanoslo como tú sepas, como tú hablas, como tú escribes a tu madre, a tu novia o a tu hermano, que de nuestra cuenta corre el disimular cualquier posible incorrección retórica. Nada de literatura, a ser posible, y, desde luego, nada de política de partido. Sencillamente. Y brevemente también. Que el papel, como a todos, no nos sobra, y no podemos dedicar a nada mucho espacio. Advertencia importante: nos interesa la anécdota, el hecho y no el sitio, que no debe darse a la publicidad, para evitar posibles imprudencias. Semanalmente, MUNDO GRAFICO dedicará una página a recoger los motivos destacados de esos relatos de los combatientes.

Como la noche anterior y aquella mañana habían sido tranquilas, el buen viejo se había decidido a venir hasta aquel olivar, que era suyo porque «tenía el fruto en el árbol y no lo quería coger». Se había traído unos sacos y unas varas; pero llevaba la faena despacio y tenía para rato, a pesar de que el olivar era un pañuelo. Apenas contaba cincuenta olivos; pero tenía el mérito de que en cinco leguas a la redonda no había más que aquellos.

El viejo tenía a orgullo ser el único «acosechero» de olivas de todo el contorno, y por nada del mundo consentiría, «aunque lo mataran», en perder la cosecha. Tarea larga para sus años; las piernas no le permitían ya trepar a los olivos. Otros años hacía la cosecha en un día porque sus dos hijos le ayudaban; pero estaban los dos en el frente.

—Trabajaré hasta anoche—dijo el viejo—, que quedaré aquí a dormir. A ver si termino mañana y empiezo, poco a poco, a llevarme los sacos.

Nos impresionó tanto el tesón, el valor con que el viejo hablaba, que, como si nos hubiéramos puesto de acuerdo, dijimos:

—¿Vamos a ayudarle al abuelete? ¡Entre todos acabamos en seguida!

Y dicho y hecho. Aunque estábamos cansados y sin dormir la noche anterior, se nos olvidó todo y pusimos manos a la tarea con tanto entusiasmo, que no habían pasado dos horas cuando ya habíamos cogido la aceituna y estaban los sacos llenos. Aun nos afanábamos por recoger el fruto caído, cuando el abuelete nos dijo:

—Dejarlo ya, hijos míos. A la rebusca vendré yo más despacio.

—Y ahora, a llevarle los sacos!—gritamos, para completar la obra.

Y era de vernos por el camino hasta el pueblo, llevando cada saco entre dos, hasta ponerle en su casa «la cosecha». No sé por qué, pero el cansancio se nos había quitado. Lo hicimos como de juego, y estábamos tan contentos. El viejo lloraba de alegría, y se empeñaba en que nos bebiéramos una arroja de vino que tenía en su casa.

—La guardaba para cuando volvieran mis dos hijos. Pero tomadla; habéis hecho por mí lo que ellos.

—No abuelo—le respondió nuestro comisario—; no hemos hecho más que cumplir una de nuestras mejores consignas: «La cosecha es sagrada».—ADELARDO MARÍA CUADRADO.



La boda de un combatiente.—En el Juzgado Municipal del Distrito de Buenavista se celebró hace unos días el enlace matrimonial del mayor de Infantería Paulino García Puente con María Partida Hernández, actuando en el acto como testigos Antonio..., director del Instituto Nacional de Reeducación de Inválidos; el teniente coronel Piaya y el mayor de Infantería Adolfo Barea (Fot. Vide)

Prensa de campaña

«AVANCE» es el decano de los periódicos del Ejér- cito del Centro

Aquellos días — hace un
año... — en que sólo se ti-
raban dos ejemplares del
periódico



Los combatientes escriben
para sus periódicos de cam-
paña, para esas páginas
que luego leerán en los mis-
mos frentes. Esta Prensa po-
pular de guerra es uno de
los perfiles más característi-
cos de esta hora de nuestra
lucha

(Fots. Albero y Segovia)

HACE poco se celebró, como es sabido, una reunión de comisarios y responsables de la Prensa de guerra. Entre los combatientes, conocida es la gran eficacia de este tipo de Prensa, surgido al calor de la lucha, y cuyas páginas son escritas por esos hombres que a diario se ven frente al peligro.

Un día futuro, cuando pueda escribirse la historia de nuestra lucha civil, habrá que dedicar un capítulo al espíritu de todos esos periódicos, que forman un indubitable perfil de esta hora española.

Todas estas publicaciones fueron naciendo espontáneamente. Sus primeras horas coincidieron con las primeras horas de la lucha. El 5.º Regimiento de aquellos días—Somosierra, Guadarrama, Talavera...—dió los primeros periódicos de guerra. Llegaron a alcanzar ése el número de treinta en aquella primera época de lucha.

Se utilizaba para su impresión la simple máquina de

escribir. Solamente los periódicos que podríamos llamar «de lujo» se hacían en Ciclostyl. Se imprimían todos ellos en la línea de fuego, de cara al peligro. Después, ya la guerra por otro cauce, al transformarse las Milicias en Ejército regular, algunos de aquellos periódicos desaparecieron con el matiz político que les sostenía, y otros se transformaron en órganos de una unidad militar.

De aquella época quedan algunos títulos todavía. Recordemos, de entre ellos, a *Avance*, que es el decano de la Prensa del Ejército del Centro. Surgió de entre los combatientes de la columna Mangada. El número 4 de esta publicación, que es el primero que aparece con fecha, tiene la del 8 de Agosto de 1936. Se tiraba a máquina, y se hacían dos copias: una, para archivarla, y otra, que circulaba de mano en mano entre los combatientes.

Avance se iba tirando en sitios distintos del frente

del Centro, según las zonas a que era destinada la columna. Robledo de Chavela, Santa María de la Alameda, El Escorial... Hay una colección completa de él en el Comisariado del Ejército del Centro. Es curioso ver, a distancia de un año de aquellos días, cómo en los artículos de aquellos primeros números se tenía ya una visión clara de la envergadura internacional que el problema español iba a adquirir.

A medida que el periódico fué prosperando se mejoraron sus medios de impresión, hasta que se pudo adquirir el material suficiente para montar una pequeña imprenta en un camión.

Hoy, merced al apoyo constante y entusiasta de los combatientes, *Avance* es el único periódico diario en su género, con excepción, claro está, de los órganos centrales *Vanguardia* y *La Voz del Combatiente*.

En estos periódicos de guerra, el Ejército del Centro lleva la supremacía. De los ciento cincuenta que aproximadamente se editan hoy, noventa y dos pertenecen a las fuerzas defensoras de Madrid. La mayor parte de los Cuerpos de Ejército, divisiones, brigadas y gran número de batallones, tienen su periódico.

Hay unidades que se ven privadas de tener su periódico: las de choque, por ejemplo, por su mucha movilidad y por el alejamiento de sus bases de origen.

Los títulos de todos estos periódicos son muy distintos. Por lo general, llevan el de la unidad a que pertenecen. Otros, el de sus Milicias de origen: *Acero*, *Balas rojas*, *Condés*, *Octubre*. Otros palabras que fueron o son consignas: *No pasarán*, *Pasaremos*, *A vencer...* Y, finalmente, hay otros cuyo título es una sola palabra, con fuerza y ambición de símbolo: *Fuego*, *Hierro*, *Unión...*

Aparte de su eficacia política—comprensión del sentido de la lucha para los combatientes—y de su acento de solidaridad, hay en estas publicaciones verdaderos aciertos periodísticos. Entre ellos, por ejemplo, merece destacarse *Cumbres*, que es el órgano del Batallón Alpino. En sus páginas se acusa un agudo sentido periodístico, junto a aquellas otras calidades antes apuntadas.

FERNANDO OSSORIO

Este número ha sido visado por la Cen...



Los admirables dibujos de Arteta publicados en uno de los números de «Madrid»

Madrid, corazón de la Casa de la Cultura

La obra de los escritores y artistas que trabajan, lejos de la guerra, en el gran hogar común ofrecido por el Gobierno

SEÑALÉMOSELLO solamente como un episodio más en la gran cadena de hechos que la guerra va trayendo consigo. Ni el estado espiritual ni los límites del espacio permiten hoy otra cosa. Apuntemos rápidamente nada más, por las causas citadas, la obra que algunos destacados intelectuales realizan en Valencia. Más adelante habrá ya tiempo y serenidad para comentar detenidamente el mérito y las características de esa obra.

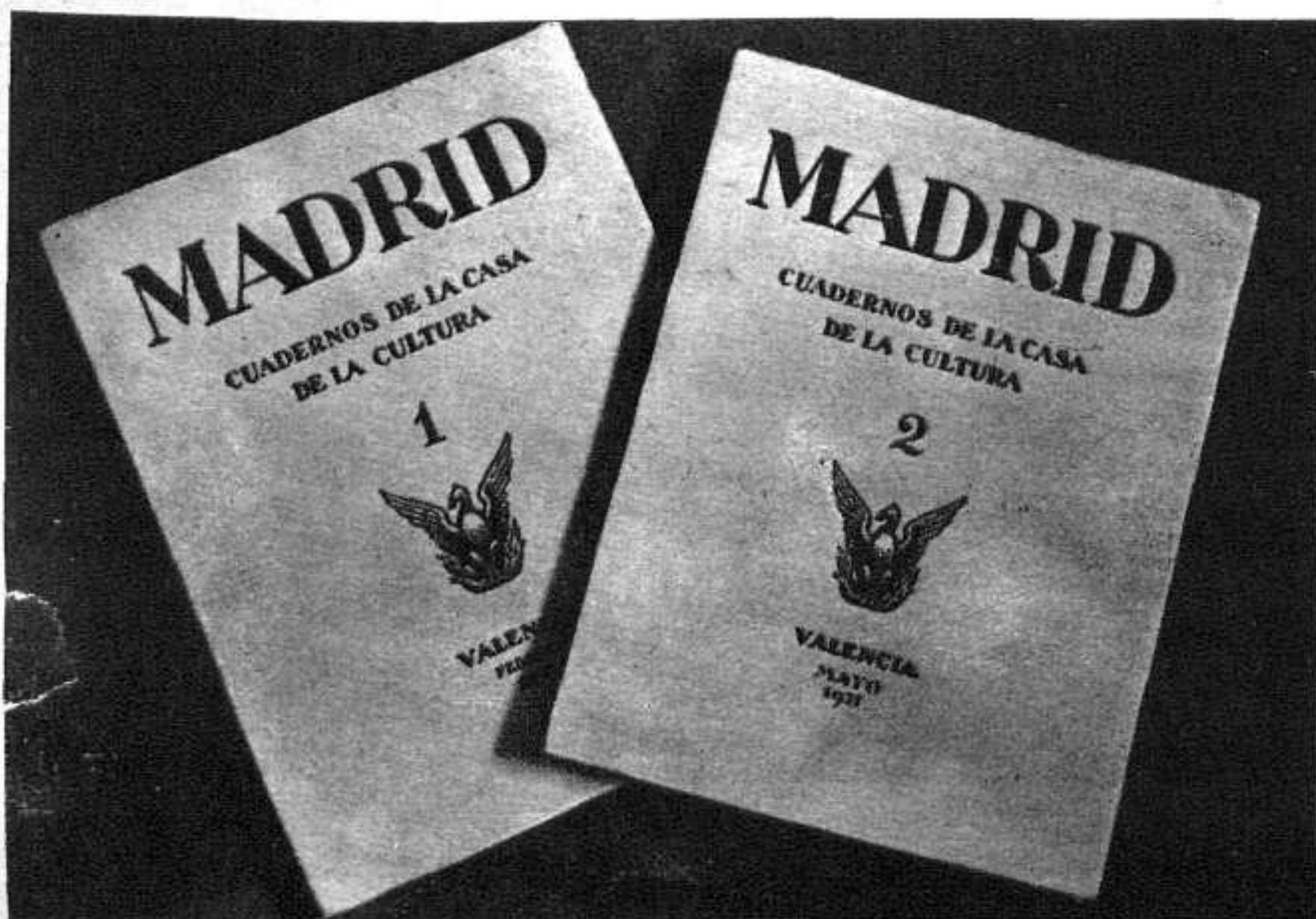
La guerra, y más concretamente el asedio de Madrid, hacía difícil el trabajo de esos hombres. Ninguno pidió abandonar su ciudad; pero el Gobierno estimó que los valores espirituales no están solamente en las obras históricas, en lo ya realizado, sino también en los que las ejecutan. Hay que salvar a la obra; pero también a su creador.

De acuerdo con esto, el 5.º Regimiento de aquellos días fué el encargado del traslado de escritores y artistas desde Madrid a Valencia. Preparó un albergue, La Casa de la Cultura, al que trasladó a aquellos hombres, con sus familiares y sus útiles de trabajo. Y ya en Valencia, les alentó a crear una revista en la que cada uno siguiera la línea normal de su tarea de siempre en Madrid. Así surgió el título de la publicación: *Madrid*. No podía ser otro, porque era el nombre de la ciudad lo que allí les unía a todos, lo que hasta allí les había llevado.

El espíritu de la revista es el mismo que el de la Casa de la Cultura. En las páginas de la publicación «viven» los trabajos lo mismo que sus autores en las estancias del gran hogar común. Los trabajos de Ciencias exactas y de Medicina, de Historia y Literatura se alínean en *Madrid* junto a los de Artes Plásticas. Las tareas de investigación alternan con las de creación.

En el primer cuaderno se han publicado trabajos de Antonio Machado, Márquez, Navarro, Moles, Orueta, Domenchina, Del Río Hortega, Prados, Zozaya, Duperier, Llorca, Sacristán, Lafora, Moreno Villa, León Felipe, Pascual y Roncal, Carrasco, Freire, Juan de la Encina... Las ilustraciones son de López Mezquita, Arteta, Macho, Solana, Capuz y Cristóbal Ruiz. Muchos de estos escritores y artistas son los que colaboran también en el segundo cuaderno, en el que figura un capítulo, escrito en Octubre de 1929, de la obra en preparación *Viaje de Hipólito*, de don Manuel Azaña.

FAUSTO LAMATA

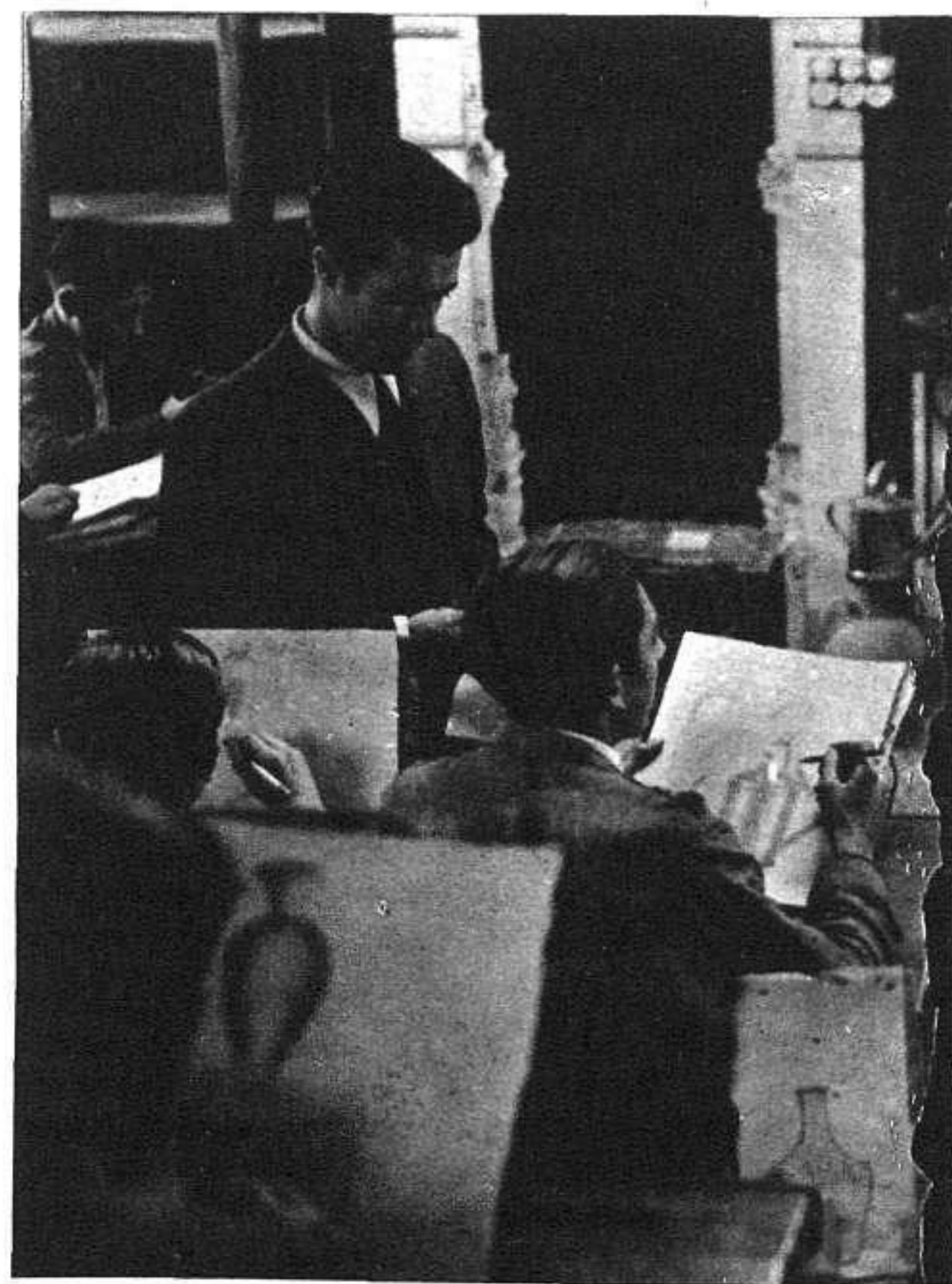


Los dos cuadernos que ha publicado «Madrid», la revista que edita en Valencia un selecto grupo de escritores y artistas que residen en la Casa de la Cultura

(Fots. Vidal Corella)

Lo que van a ser los Institutos Obreros

Hoy podrán ingresar en ellos los muchachos de quince a diez y ocho años. Más adelante, el límite de edad para el ingreso será de treinta y cinco años



Los alumnos del Instituto Obrero en su clase de dibujo (Fot. Luis Vidal)

HA comenzado ya a convertirse en realidad la iniciativa de los Institutos Obreros. Muchachos de familias proletarias estudian ya las asignaturas incluidas en el plan intensivo de trabajo de estos Centros. La nueva experiencia pedagógica tiene un gran interés, y es seguida con una simpatía y una curiosidad muy vivas. ¿Qué son los Institutos Obreros? ¿Qué se proponen y cómo van a estar organizados? El público se formula estas preguntas, y nosotros vamos a dar hoy, desde esta página, una respuesta a esas interrogantes que están en el ánimo de las multitudes trabajadoras.

Cómo se ha resuelto el problema económico familiar

—El envío de los muchachos a los nuevos Institutos plantea en principio para sus familias un problema económico. ¿Lo han tenido ustedes en cuenta?

—Desde luego. Vimos el problema, y hacia él fuimos. Y creemos haberlo resuelto. Los muchachos que vivan en la localidad en que esté el Instituto recibirán la manutención de este Centro. Y los que lleguen de otros lugares serán alumnos internos, con lo que el problema familiar queda resuelto en parte. Queda otro aspecto: el de que el obrero admitido a cursar sus estudios estuviera ganando un jornal. En este caso, el obrero recibirá del Estado una cantidad mensual, en concepto de indemnización, y de cuantía variable, según que él sea el único sostén de la familia o sólo contribuya de modo parcial al sostenimiento de su casa.



Un grupo de muchachos obreros durante la hora de recreo en la Residencia

—¿Habrán de realizar los alumnos algún desembolso en concepto de matrículas, material de enseñanza, etc.?
—Ninguno. La matrícula es gratuita. Se facilitará, además, a los alumnos todos los libros y material de enseñanza necesarios.

La selección para el ingreso

—¿Qué edad se exige para el ingreso en el Instituto Obrero?
—Mientras dure la guerra, la edad estará comprendida entre los quince y los diez y ocho años. Más adelante se prolongará hasta los treinta y cinco.
—¿Cómo se efectúa la selección entre los aspirantes a ingreso?
—La primera selección será por medio de una prueba eliminatoria de aptitud y cultura general. Durante el primer semestre del primer curso, los profesores ha-

El Instituto tiene su club, en que estos nuevos estudiantes leen, charlan o juegan en las horas fuera del estudio
(Fots. Luis Vidal)

rán una selección, destacando a los que estén en condiciones de seguir los estudios. Los alumnos de inteligencia reconocida, pero sin una suficiente base de instrucción primaria, serán sometidos a un cursillo intensivo especial, que les ponga en condiciones de ingresar en el bachillerato en breve plazo.

Las asignaturas que formarán este bachillerato

—¿Qué duración tendrá este bachillerato?
—Dos. Mas su articulación será muy flexible. Tanto los cursos como las materias que los forman no son obligatorios para todos los alumnos. Las Juntas de profesores serán encargadas de dispensar al alumno, según su preparación individual, de algún curso o de determinadas asignaturas.
—¿Qué materias formarán los estudios?
—Las siguientes: Lengua y Literatura Española, Francés, Inglés, Geografía, Historia, Economía, Ciencias Naturales, Matemáticas, Ciencias Físicoquímicas, Dibujo.
—¿Cómo se organizarán los cursos?
—Al final de cada trimestre los alumnos que lo merezcan recibirán un certificado de aptitud para seguir los estudios. Los que no obtengan este certificado habrán de repetir el curso. Dos notas desfavorables seguidas suponen la interrupción total de los estudios. Además, el Instituto Obrero atenderá científicamente a servir las vocaciones y aptitudes especiales de sus alumnos por medio de la organización de diversos servicios culturales adecuados.

El primer ensayo

Se ha iniciado con excelente éxito en Valencia el primer ensayo de esta nueva experiencia social y pedagógica que son los Institutos Obreros. Locales amplios y luminosos, internados alegres e higiénicos, campos de deportes, salas de estudio y visita... Y en todo ello un espíritu acogedor y claro, grato para el trabajo mental. Los primeros resultados no han podido ser más excelentes: de ciento diez alumnos, sólo veinticuatro tendrán que repetir curso y únicamente cinco han sido totalmente excluidos del Centro.

La experiencia es ya de por sí interesante hoy. Pero lo será aun más cuando haya pasado el torbellino dramático de la guerra y puedan recogerse los frutos de la profunda renovación que en la vida española pueden significar los Institutos Obreros.



La vida, el amor y la muerte de "Mata-Hari"

IV (1)

Ha empezado la guerra

En pleno triunfo

El éxito de *Mata-Hari* fué rotundo. En muy poco tiempo su nombre se hizo famoso. Fué, a lo largo de varios años, la mujer de moda en Europa. Los empresarios se la disputaban. Y eso que era el tiempo de la Otero, de Ida Rubinstein, de Isadora Duncan.

Su público era un público de millonarios, de príncipes, de *snoobs*... Escritores y artistas se dedicaron a comentar e interpretar el espíritu extraño de aquellas danzas. No fué sólo el triunfo de la bailarina; fué también el de la mujer. Entre los amantes de *Mata-Hari* figuraron un rey, un príncipe heredero, varios políticos ilustres...

Una noche de actuación triunfal en el Folies Bergère, *Mata-Hari* fué visitada, en su camerino, por un hombre alto, distinguido, rubio, que le ofreció un magnífico ramo de orquídeas. *Charlaron*, simpatizaron inmediatamente. Pasaron juntos aquella noche.

Un hombre en la vida de «Mata-Hari»

Este hombre, que varias veces aparecerá y reaparecerá en la vida de *Mata-Hari*, era el marqués Pedro de Montessac. Era conocidísimo en el París de noche, en el París que se divertía. Gastaba y jugaba sin medida.

Frecuentaba la amistad de muchos oficiales del Ejército, pertenecientes a la antigua nobleza francesa. Hablaba varios idiomas a la perfección, y, según parece, había estudiado en la Universidad de Bonn, donde estaba al ocurrir la muerte de su padre. Heredó un capital de importancia, que se jugó alegremente en Montecarlo.

Aunque arruinado, seguía llevando una vida fastuosa. En los grandes hoteles, su marcha coincidía frecuentemente con un robo de importancia. Nunca, sin embargo, se le pudo descubrir nada por lo que se le pudiera acusar claramente.

Un día se cansó de esta vida—el lujo y el peligro juntos—, y marchó a Suiza. Allí, un agente del Servicio Alemán de Exploración, que desde hace tiempo le venía observando, le hizo una proposición, que Montessac aceptó inmediatamente. El marqués, otra vez en posición magnífica, regresó a París, donde empezó de nuevo una vida fastuosa. Amistó con oficiales franceses, y sus elegancias y sus lujos eran proverbiales en los camerinos, en los restaurantes de noche y en el Bosque de Bolonia.

Asistía a los grandes festivales de aviación. El mismo tomó lecciones de un piloto. Se marchaba frecuentemente de París y pasaba temporadas cortas en otras grandes capitales. Aparecía como el marqués de Montessac o se hacía pasar por el capitán ruso Mazaw Marzaw.

Este era el hombre que una noche entró en el camerino de *Mata-Hari* con un gran ramo de orquídeas en la mano.



La guerra

Un año, otro, otro... *Mata-Hari* sigue su vida brillante. Ha comprado una casa espléndida en Neuilly, en la que da fiestas, a las que asisten millonarios, políticos y artistas.

Llega 1914, el año de la Gran Guerra. *Mata-Hari* vende apresuradamente aquella residencia suya de Neuilly, con todas las riquezas que contenía. Vende el castillo que un día había pertenecido a la Pompadour. Desaparece de París.

En los primeros días de Agosto de 1914 se presenta en el Gran Teatro de Varietés de Berlín. Pero desaparece pronto otra vez. Ahora, entre sus acompañantes, va un hombre mal vestido, como un criado, que le lleva las maletas. Cuando están solos, *Mata-Hari* y este hombre se tutean.

Al llegar a Amsterdam se separan. Y la huella de *Mata-Hari* se pierde ya entonces. Apenas nadie, de aquel mundo elegante y frívolo que era su marco en París, advirtió su ausencia. La pasión de la guerra era más fuerte que todo. Francia entera vibraba en la emoción de la lucha.

Vida de apartamento

En la guerra ya, el marqués Pedro de Montessac reapareció en París. Sus amigos de siempre le recibieron con gran cordialidad. Removió influencias y consiguió lo que se proponía: ingresar en el Cuerpo de Aviación. Tras un corto período de instrucción, le nombraron oficial; pero no llegó a volar, y se ocupaba sólo en servicios de la Administración.

Mientras tanto, *Mata-Hari* estaba en Amsterdam. Hacía una vida de gran retraimiento. Apenas visitaba a nadie. Algunas veces fué a Londres. En los agentes del Intelligence Service despertó ciertas sospechas, y fué vigilada. El espionaje era intenso y tendía sus re-

des por todas partes. El contraespionaje había de desarrollar una labor infatigable y múltiple.

Nada pudo demostrarse contra la bailarina. Por ello, el Servicio inglés se limitó a indicar a París la conveniencia de vigilar sus pasos, como medida de precaución.

Otra vez en París

Al término de uno de aquellos viajes a Londres desde Amsterdam se trasladó a París. Volvió a su vida riente y fastuosa de antes. Era ya el verano de 1916. Había faltado varios años de París, y la ciudad acogía a *Mata-Hari* con una apasionada alegría.

Fué allí amante de un político que desempeñaba un alto cargo en el Ministerio de Negocios Extranjeros. Se veía al mismo tiempo con el marqués de Montessac, que prestaba sus servicios en uno de los aeródromos de Francia.

Súbitamente, *Mata-Hari* quiso dedicarse a cuidar de los heridos de la guerra. Solicitó autorización para poder ir a Vittel, donde había un hospital, en el que deseaba trabajar atendiendo a los que habían sido heridos en los frentes. En aquellos días se estaba preparando allí uno de los campos de aviación más importantes de Francia.

Mata-Hari atendía celosamente a los heridos. Por las noches salía con los aviadores. Bromeaba y reía con aquellos muchachos, acostumbrados a jugarse a diario la vida. Ellos, fascinados por su belleza, por su gran seducción femenina, la cortejaban constantemente.

Se le acabó el dinero en Vittel. Hubo de volver a París. Apenas había entrado en el hotel, dos policías se presentaron, preguntando por ella. Llevaban una notificación para que inmediatamente fuese a las oficinas del Servicio Francés de Contraespionaje.

(Continuará en el próximo número.)

Espectáculos

BARCELÓ

Una obra maestra de la técnica cinematográfica

La Feria de la Vanidad

con **Miriam Hopkins**
(En colores)

CAPITOL

4

a SEMANA

DE
GRANDIOSO ÉXITO

Una

NOCHE

en la

OPERA

Por los
hermanos
MARX



BILBAO

5ª semana de la producción nacional

BARRIOS BAJOS

Con
JOSE TELMA
y
ROSITA DE CABO

GONG

CAROLE LOMBARD
y **GEORGE RAFF**
triunfan en la gran
producción

BOLERO

UN FILM
EXTRAORDINARIO

AVENIDA

GRANDIOSO ÉXITO

Contra la corriente

Supercomedia directa en español
RAMON NOVARRO
y **LUANA ALCAÑIZ**

RIALTO

12ª

SEMANA

de extraordinario éxito de *Angelillo*
en

Centinela, alerta



con

Ana María Custodio
y
Luis Heredia



MADRID-PARIS

La deliciosa película

Tango Bar



Éxito grandioso

PALACIO de la MUSICA

La emocionante
película policíaca,
doblada en español,

VIDAS EN PELIGRO

con

**Freston
Foster**

Las ametralladoras silenciosas del bulo

"El Diablo Cojuelo" de ahora

TODAVÍA hay gentes por ahí que se le acercan a uno con aire misterioso para lanzar su ofensiva solapada a la República con palabras melosas envueltas en falsas protestas de adhesión: «Sé de buena tinta que...» La buena tinta es casi siempre una noticia falsa, con la que se pretende sembrar la desazón en la retaguardia con el designio de resquebrajar su moral magnífica e inmovible. Salvo el caso del «hombre que no se enteró» y cree a pies juntillas lo que otro malintencionado acaba de contarle, el hombre de «la buena tinta» es un fabricante o un propagador consciente de la falsedad, que intensifica su labor negativa cada vez que la lectura de los partes oficiales, con el gesto sereno, de reconocer, cuando existe, nuestra falta de fortuna en algún punto de la lucha, le puede servir de punto de partida para su hipertrofia de la alarma.

Peor que los aviones y las ametralladoras

El rumor es un «Diablo Cojuelo» que levanta los techos de las casas y llega hasta los últimos rincones; un microbio sutil que se mezcla en el aire y penetra en todos los oídos después de una lubricación paciente e interesada. Cuando el madrileño deja la cama para acudir a su trabajo con el júbilo de tinta fresca que le traen los periódicos de la mañana en el parte oficial calcado en la gesta heroica de los soldados del pueblo, le dobla la esquina, para aguarle su pleamar de gozo, ese eco susurrante y solapado que es el rumor. Después de la guerra europea han progresado extraordinariamente los medios ofensivos para los que no tienen otro oficio que el de hacer la guerra. Aquellos cuatro años terribles que pusieron a Europa en carne viva no fueron un punto de contrición para el arrepentimiento de culpas cometidas con premeditación y alevosía, sino un punto de partida para agresiones futuras más fructíferas y solapadas. He aquí tres tipos de propagandistas del rumor:

Con «mono» y correa de falsos

1.º El niño elegante comprendido entre los veinte y los treinta años. Pelo planchado, aire decadente y una sonrisa sinuosa para la mejor fluidez de su baba. Casi siempre alienta en él un deseo de apariencias proletaria: «mono» de trabajador o camisa cruda de campaña coquetonamente cortada y colocada. Corraje de un hipotético Ejército que nunca podrá justificarse. Y unas insignias decorativas, indescifrables e ininteligibles a la hora de posar sobre ellas los ojos cargados de atención.

Pero..., pero..., pero...

2.º El hombre obscuro. Ese hombre que, con traje civil, tiene un aire inconfundible de sacristán o de clérigo vestido de paisano. Voz engolada, palabra untuosa y penetrante, además blando... Opera en las casas particulares, en la oficina, en el tranvía, en el café...

LOS ESCENARIOS DE LA GUERRA

MUNDO GRAFICO ha publicado en sus últimos números los mapas siguientes de los frentes de lucha:

Frente de Guadalajara	(31 de Marzo) *
Frente de Córdoba. Sector de Pozoblanco-Peñarroya	(7 de Abril) *
Frente de Vizcaya	(14 de Abril) *
Frente de Huesca	(21 de Abril) *
Frente de Teruel	(28 de Abril) *
Frente de Córdoba y Jaén	(5 de Mayo) *
Frente del Jarama	(12 de Mayo) *
Frente del Tago	(19 de Mayo) *
Frente de León	(26 de Mayo) *
Frente de Somosierra	(2 de Junio) *
Frente de Navacerrada y Segovia	(9 de Junio) *
Frente Oeste de Vizcaya	(30 de Junio) *
Frente Sur de Santander	(7 de Julio) *
Frente del Centro	(14 de Julio) *
Frente de Asturias	(21 de Julio) *
Frente de Albarracín	(4 de Agosto) *
Frente de Granada	(11 de Agosto) *
Frente de Aragón	(18 de Agosto) *
Frente Norte de Santander	(25 de Agosto) *
Frente Occidental de Santander	(8 de Septiembre) *
Frente Oriental de Asturias	(15 de Septiembre) *
Frente Central de Asturias	(22 de Septiembre) *

Los números señalados con un * están agotados. En nuestros números próximos publicaremos los mapas de otros escenarios de la guerra.

Es ese hombre que lanza la noticia más absurda, precedida de estas palabras, envueltas en el mejor papel de seda de un antifascismo falso:

—Yo no lo creo; pero... Mi gusto es—¿cómo no?—que triunfe el pueblo; pero... Yo soy un izquierdista de corazón; pero...

El «pero» es siempre una bomba cargada con la dinamita de las peores intenciones.

¡Cuidado, mucho cuidado!

3.º La mujer hecha a la caricia de la seda sobre la carne que nunca sintió las mordeduras del trabajo. A

LA MUJER QUIERE COLABORAR EN LA GUERRA

Escuelas de Capacitación Femenina

EL llamamiento de nuevos reclutas hecho recientemente por el Gobierno ha de tener una eficaz repercusión en el fortalecimiento del Ejército Popular, porque permitirá la constitución de importantes reservas y anticipará—sin defectos de improvisación—la preparación de los futuros contingentes combativos.

Pero es indudable que el acopio de esas reservas militares puede influir considerablemente en toda la producción nacional, al disminuir la mano de obra. El problema comprende, pues, dos términos, cada uno de los cuales entraña importancia capital en el proceso de la guerra, para la que si son elemento imprescindible las aportaciones humanas de combatientes, son también absolutamente indispensables los elementos de trabajo que sostengan y acrecienten la producción en todos los aspectos de las necesidades nacionales.

Y he aquí el momento cumbre en las incidencias de la guerra, que las mujeres madrileñas—en eso, como en todo, ejemplo y guía para la España leal—han sabido apreciar con magnífica clarividencia.

En una entusiasta asamblea reciente, las mujeres antifascistas de Madrid han reclamado con noble orgullo su derecho a ser incorporadas decisivamente a los puestos de choque en los frentes de trabajo.

Mientras más hombres exija la guerra, más puede resentirse la producción. Como la dualidad es imposible, sólo hay una manera de enjugar ese ineludible déficit: que la mujer sustituya al hombre, que se haga cargo de sus tareas productivas.

Solución que hoy no entraña ninguna novedad, después de la gran experiencia de la guerra europea. Si en aquella dramática ocasión la lucha pudo prolongarse hasta su término de justicia, fué porque en todos los países beligerantes la mujer acudió a sustituir al hombre, a igualarlo y aun a superarlo en las fábricas y en los talleres, en los campos y en las ciudades.

Ha llegado para España el trance en que ha de ponerse, y debe ponerse, a prueba esa valoración de sus mujeres. Ellas lo reclaman hoy, con la misma energía cívica que en los momentos iniciales de la lucha hubo muchas que supieron empuñar el fusil; con el mismo generoso estoicismo con que en las más difíciles circunstancias han arrojado los mismos riesgos que el hombre: los bombardeos y la intemperie, la necesidad y los afanes filantrópicos.

Nadie puede dudar de la capacidad moral de nuestras mujeres. La guerra las ha puesto a prueba en aquellas horas trágicas de Noviembre, y luego, en los días de un invierno dramático de escasez.

Muchas veces han sido motivo de irónicas comparaciones ciertos aspectos de nuestra retaguardia (mal llamada así, porque desde hace diez meses todo Madrid es pura vanguardia). En verdad, para vender unos

la seda ha sustituido ahora un traje de trapillo para disimular. Opera en las «colas» donde esperan pacientemente las mujeres del pueblo—madres, hermanas, novias o compañeras de los combatientes—a la hora de ver cumplidas las órdenes de abastecimiento.

Moraleja:

Mucho cuidado con el niño del pelo planchado y el bigote hecho con tiralíneas que pasea un falso atuendo proletario o un corraje sin aplicación en los frentes.

Muchísimo cuidado con el hombre de ademanes blandos y aire de sacristán vestido de paisano.

Y más cuidado todavía con esa señora de trapillo que se limpia una lágrima falsa mientras lanza los obuses del rumor sobre la línea indefensa de las mujeres de las «colas».

—¿Sabe usted...? Me consta de buena fuente...

—Espere usted un momento. ¿No cree que todo eso es muy interesante y debiera saberlo la Policía?

Es el mejor remedio para acabar con el rumor.

ANTONIO OTERO SECO

metros de tela, despachar localidades en un cinematógrafo o pesar un kilo de garbanzos no era imprescindible un hombre joven y robusto. Todos esos oficios los puede desempeñar fácilmente una mujer.

Pero ya no se trata tan sólo de esas profesiones, en cierto modo sedentarias y rutinarias. Ya se trata, porque la necesidad lo exige, de trabajos más duros y también más delicados. De las fábricas y de los talleres, los llamamientos de reclutas se llevan hombres aptos, fuertes, capacitados en un oficio de innegable utilidad, acorde con las circunstancias actuales.

Y hay que sustituir, que reemplazar a esos hombres. Las mujeres quieren ocupar sus puestos. Pero en ciertos oficios, precisamente en los más necesarios, no basta la voluntad. Es necesaria también la competencia, que necesita aprendizaje.

Y ésta es la falta que con toda urgencia es preciso remediar. En las naciones beligerantes, durante la guerra europea, se crearon a millares Escuelas de Capacitación para la Mujer. Cursos breves, prácticas precisas, ceñidas a la necesidad, pusieron rápidamente a cientos de miles de mujeres en trance de sustituir con idéntica utilidad a los varones que la lucha reclamaba.

Y esa necesidad se deja sentir, por momentos más urgente, en la España leal. No basta con que nuestras mujeres se ofrezcan con todo su entusiasmo, con toda su voluntad, a sustituir a los hombres que la lucha exige. Hay que dotarlas de los conocimientos precisos para que no sean un fallo en el trabajo.

Por eso, al par que se crean Escuelas de Instrucción Premilitar para entrenar y adiestrar a los hombres para la guerra, hay que organizar rápidamente Escuelas de Capacitación Femenina, donde nuestras mujeres aprendan en los distintos oficios lo necesario para poder, sin demérito, sustituir a los hombres.

Las mujeres quieren, cada vez más, colaborar en nuestra lucha. Como han conquistado todos los derechos, desean también absorber todos los deberes. Y no se hable puerilmente, sentimentalmente, de que el empleo de la mujer en menesteres viriles puede amenazar el tesoro inefable de su feminidad.

Nada más falso. Aquellos millones de mujeres que trabajaron como hombres, y mejor que los hombres, durante la guerra europea, dejaron a salvo ese valor inmarcesible de su feminidad. La Experiencia ha demostrado que por sus trabajos, por sus luchas, por su heroísmo, no dejaron de seguir siendo, cuando la guerra acabó, mujeres, compañeras y madres. Ni la belleza perdió sus fueros, ni el amor su sensibilidad, ni disminuyó el número de nacimientos.

JUAN FERRAGUT

SANGRISÁN

DEPURATIVO

PERFECTO DE LA SANGRE

Venta en todas las farmacias.

LA VUELTA AL MUNDO de COLAS Y BARULLLO

